

Un clásico contemporáneo: La psicología colectiva

Jahir Navalles Gómez

PREÁMBULO

La psicología colectiva está de moda. O bien, esa era una sentencia académica que a principios del siglo xx se intentaba enarbolar. Sin olvidar que fue el siglo xix quien dio cobijo a ese tipo de disertaciones sociales. Coincidencia más que forzada a principios del siglo xxi, donde esa moda, que más bien suena a capricho y encantamiento estudiantil –omitiendo cualquier revisión crítica– en distintos niveles de formación, permite exhibir la desilusión causada por la psicología social y la psicología impartida en las aulas universitarias, entrampadas en soliloquios sobre lo verdadero, lo curricularmente exacto, actual y apropiado, siendo lo más didáctico posible o políticamente correcto de proponer, o al menos eso acontece en lo que ha nuestro país se refiere.

Encantamiento estudiantil que es posible equiparar a la pléthora de reflexiones psicocolectivas con dejos de intelectualidad que se hacían en la transición del siglo xix al xx, porque los dos enarbolan la férrea creencia de que en la psicología colectiva se ubican las respuestas y soluciones a lo hecho, dicho o sucedido política y socialmente, y ahí todos opinaban de todo, y nada era mal visto como sucede en la actualidad, donde los diálogos y polémicas lo único que pretenden es imputar una versión de conocimiento, realidad y sociedad.

Cuando la psicología social se comenzó a publicitar, la psicología colectiva ya estaba en las conciencias, y en los discursos preocupados por los acontecimientos históricos y sociales, allende las trabas por dotarles de credibilidad, aunado a las intenciones de relegarlos a una descalificación constante de sus presupuestos y argumentos. Ubicar a la

psicología colectiva como un clásico contemporáneo implica dejar de lado estas atribuciones pseudo intelectuales hechas y adentrarse en sus entrelíneas y recovecos, todo con la explícita intención de contrarrestar esas dinámicas tan comunes impuestas desde el olvido institucional.

LA POLÉMICA SOCIAL VERSUS LAS PRETENSIONES ACADÉMICAS

Aunque a ciencia cierta nadie sabe el por qué tanto alboroto o galimatías con respecto al concepto u escenario que la psicología colectiva desplegó en esas décadas, las de la transición del siglo xix al xx, y conocer cuándo es que se tornó relevante como una disciplina, campo de conocimiento o abstracción teórica que desde sus presupuestos ha sido una psicología marginal, excluida, anti-universitaria, ilegal, trágica e hiper-conservadora, por no decir que nunca fue bien vista cuando nació, y cuando sus orígenes nunca fueron explícitos, simplemente se convocaba la idea para describir lo sucedido, sin más interés que la comprensión de tal o cual fenómeno; cosa contraria a lo que sucedió con lo que hasta la fecha conocemos académica, pedagógica e históricamente como el principio de la psicología y la psicología social.

De la primera se dice que sus comienzos están a la par de la implantación de un laboratorio en un famosa universidad alemana allá por la penúltima década del siglo xix (Boring, 1950; Danziger, 1990); de la segunda, los comentarios versan sobre su aparición de la mano de dos publicaciones con el mismo nombre, pero con latitudes geográficas distintas (Farr, 1996; Álvaro y Garrido, 2003), y uno supondría que con intenciones, influencias, estilos

y redundancias disímiles, cuestión que siempre, a los que hacen esa historia se les olvida mencionar. Siendo ésta una de las características del olvido institucional.

Y ese es uno de los tantos atractivos que rodean a la psicología colectiva, su inaprehensibilidad espacio-temporal bajo los cánones científicos que se iban poco a poco imputando a los campos de conocimiento circunvecinos, mientras ésta misma deambulaba por escenarios dispares y conversaciones coloquiales, rumores y temores, afectividades, morales, políticos y sentimentales, respectivamente; fluctuando entre lo que no se creía pero sí se veía, a partir de lo que se despreciaba pero que independientemente del repudio se manifestaba, la psicología colectiva fue una inquietud o colofón a la par intelectual e iletrada –se escribía de ella y se hablaba de ésta– que de alguna manera u otra era compartida por las conciencias.

Algo que simplemente se le puede adjudicar a la transición que estaban padeciendo las ciencias humanas y sociales en diversas latitudes, inmersas en provocaciones intelectuales y en las reflexiones propias con respecto a sus contextos y fenómenos particulares (Barnes y Becker, 1938; Jahoda, 1992), y que les orilló a preguntarse el por qué de su existencia, de su proyección, o de su legitimación a partir de los “objetos de estudio” a los cuales cada una acudía.

En el caso concreto de la psicología, ésta cada vez se estaría afianzando a partir de los excesos positivistas, organicistas y científicistas con los que se insertaba como una “disciplina independiente” (Boring, 1950), lo cuál a nivel ciencias naturales sería todo un éxito de taquilla en las aulas, seminarios, laboratorios y revistas; empero, eso, en el ámbito de las ciencias humanas y sociales con ninguna aportación sobresaldría. A éstas, para ser reconocidas y fomentadas, se les exigía una credibilidad y afianzamiento intelectual basado en los cánones positivistas.

Y todo intento de una producción ajena a esa tesitura sería bloqueada, descalificada, desdeñada o, en el mejor de los casos, reencauzada por intermediación de lo que se decía sí era científico. Así, tanto a Wilhelm Wundt (un fisiólogo reconocido como psicólogo) como a Moritz Lazarus y Hajim Steindhal (el primero filósofo, el segundo lingüista) no les iría nada bien con su proyecto de una *Völkerpsychologie* (polémica traducción literal conocida como “Psicología de los Pueblos”), y mucho menos le iría bien a Georg Simmel, el filósofo formista, con su sociología estética, y de plano a lo que por nada del mundo –académico– se le tomó en serio fue a lo que se llegó a conocer como la psicología de las multitudes, ni a la psicología histórica, y por ende a la psicología colectiva.

Y todas las anteriores, como si fueran respuesta de encuesta ramplona, estarían de una u otra manera relacio-

nadas, porque lo que les interesaba a los estudiosos de la época era todo lo contrario a lo que la psicología quería, decía e imponía; o a lo que la sociología, la otra cara del pensamiento positivista de la época, debatía como su escenario autónomo (Barnes y Becker, 1938). Enemistad intelectual que lo único que deparaba serían versiones (Alvaro y Garrido, 2003), sobre los orígenes de la psicología social por demás tendenciosos, incultos y poco interesantes, ya que estos mismos simplemente desaparecerían entre prioridades, descréditos a los constructos teóricos y nuevos “padres fundadores” de la disciplina.

Como sea, lo que le sucedió a la psicología social le importó un bledo a la psicología colectiva, esto por la simple razón de que no son lo mismo, y porque los que de la misma se interesaron le procuraron un sendero distinto a lo que a la otra, la social, en el siglo xx algunos de los que de ella hablaban le trazaron. La psicología social encuentra sus orígenes en la psicología colectiva, pero, en su búsqueda y exigencia de científicidad se desprendió de aquella. La psicología colectiva deambula en las reflexiones de la psicología social, en específico con aquellas versiones relegadas de la historia oficial.

Sin embargo, la distinción no es tan radical como se escucha, ya que existe un punto de confluencia entre una y otra, algo que se volvió best-seller de principio de siglo y/o panfleto letrado allende las fronteras universitarias, y que, paradójicamente, se exhibe como el antecedente de lo que es, fue o podría ser, la irrupción, desencanto, decadencia o vulgarización de la vida social. Una literatura de lo intrusivo, de lo extrapúblico, de lo sorprendente. La referencia es entonces hacia la psicología de las multitudes, o de las muchedumbres, según fuera la pretensión neoconservadora.

La psicología social lo intentó, y de verdad que hizo su esfuerzo, pero podríamos decir que las masas y multitudes le quedaron demasiado grandes, eran inaprehensibles, impalpables, supraindividuales y aparte tenían el don de la ubicuidad, porque en todas partes se les veía, se les vaticinaba y se les huía, y a la vez nadie sabía el cómo, el por qué y el cuándo, iban sorpresivamente a reaparecer. A eso es a lo que más se le temía, a la incertidumbre y al caos social supuesto con sus irrupciones, a que las calles se vieran infestadas de rostros y de articulaciones con ganas y delirios de destrucción, indignación y grandeza. Aunque fue por eso que a la psicología colectiva le parecieron exiguas, porque esta quería más, más que un concepto, que un espanto o una reacción, más que una ilusión o una transgresión, requería además del contexto, de los antecedentes, de las nimiedades que les daban forma, y no sólo de explicaciones ramplonas sobre sumatorias de individuos contenidos.

¿QUIÉNES HABLAN DE PSICOLOGÍA COLECTIVA?

Y autores como Gustave Le Bon –en 1895– así como José Ortega y Gasset –en 1929– se encargaron de exigir más, en su muy particular estilo, y lo hicieron invocando, denegando y repudiando en algunas de sus obras a estas personificaciones impresionantes, sí lo lograron o no ese es otro cuento académico de hadas, porque tanto uno como otro hicieron lo que la multitud –y el contexto político local moderno– les dio a entender.

Escribieron de éstas porque estaban completamente fascinados, y porque al referirlas, al desmontarlas, lo único que harían sería asegurarse un lugar en la historia de la literatura académica y psicosocial, muy interesada en consolidarse, a partir del bosquejo de escenarios escalofriantes é inciertos que atentaran contra el orden, el progreso y la modernidad.

En descargo de lo dicho, cabría señalar que la transición del siglo XIX al XX sería algo difícil de asimilar, eran múltiples las preguntas y pocos los que estaban interesados seriamente en responderlas, i e., Emile Durkheim, el fundador de la

sociología positiva, quien cuestionaba constantemente el papel de la psicología de la época, insuficiente decía, para ahondar en la vida colectiva, razón por la cual a su proyecto nunca lo reconoció como psicología social, aunque tampoco le agradó en demasía la noción de sociología, ya que esta le parecía demasiado petulante; empero no habiendo pasado el siglo XIX, reconoce que su proyecto cumbre –el del bosquejo y diferenciación de las representaciones individuales y colectivas (1898)– no es si no un ejercicio de psicología colectiva.

Pero lo anterior no es más que un desplante de erudición, o bien a bien el reconocimiento de que cualquiera puede redactar un sucinto trabajo intelectual sí le otorga la atención necesaria a los pies de página, como sea, es éste un dato que de poco sirve para abordar las profundidades ocultas e irracionales de la psicología colectiva, a las hondonadas y afectividades que de cierta manera la comenzaron a bosquejar, y de las cuales se tomaron someramente constancia, i e., al leer e inconformarse con lo escrito por Le Bon en su *Psicología de las Multitudes*, al acudir sin reservas y coincidir sin tapujos con lo dicho con Gabriel Tarde y



Caballero de la represión

sus *Leyes de la Imitación* (1890), o al referir un fenómeno social, como lo hiciera Durkheim (1897), como un producto de la conciencia colectiva. Lecturas que logran ser ubicadas como clásicos contemporáneos que impregnan a la psicología colectiva.

Con la mínima intención de ser cronológicamente exactos, se vislumbra una fecha que, prolífica en escritos y proyecciones hacia lo manifiesto de la vida social, cristaliza los orígenes de la psicología colectiva, más bien dicho una década, la de finales del siglo XIX, que reconfigura los intereses y las exposiciones mundanas sobre lo que, por ejemplo, las multitudes, las muchedumbres y la chusma exhibían, y por el otro lado, estaban los hábitos, las costumbres, las prácticas cotidianas que se describían y que se engarzaban en las crónicas, los recuentos, las narrativas que le daban sentido a eso mismo que se estaba viviendo, recordando, convocando.

Concibiendo leyes generales referentes a los estados psíquicos, transitando entre lo individual, lo social y la colectividad; sobre la persuasión, el contagio y la imitación, las intenciones y las irrupciones, la herencia y los legados que se gestan como un acuerdo, o hecho social (Barnes y Becker, 1938; Jahoda, 1992).

Siendo la psicología colectiva la idea redactada por varias manos, muchas cabezas y una sola intención, la de proponer una disciplina distinta que se encargase de lo que era común y corriente a todos y en todo sentido; o al menos esa es la coincidencia que tuvieron los tres autores que se atrevieron a convocar en sus portadas a esa citada disciplina, y que aún sin compartir las mismas latitudes y temporalidades en la publicación lograron que, entre definiciones, fortuitas o acertadas, ese escenario lograra una cristalización.

Como sea, será en la última década del siglo XIX, a principios del siglo XX y allende finales de la segunda década de este mismo, cuando aparecen los tres únicos libros que auguran y defienden explícitamente un espacio para la psicología colectiva, independientemente de que ya, entre líneas, y al resguardo de su discusión, algunos historiadores la reconocían como parte del devenir histórico (Burke, 1990), o por ejemplo, sucede también que hay otros interesados en su descripción, como lo que también hace el jurista Gabriel Tarde, al citarla constantemente en sus estudios (1890; 1904), o lo que líneas arriba se dice sucedió con Durkheim, o al ser parte de la diáspora de definiciones y neologismos con los que se intentó llamar a la mal traducida “psicología de los pueblos” (Navalles, 2009).

Los manuales autoproclamados de “psicología social” no contemplan las historias pasadas, son selectos en su discurso y empecinados en la imposición de una tradición, y el hecho de que yo lo diga o me queje sobre ello no impedirá

que estos mismos sigan siendo publicados y consumidos por los estudiantes. Sin embargo, la opción no es por el conformismo imperante esto es, el simplemente resignarse a lo dicho, la intención tácita es la de ejercer un juicio crítico y provocar una discusión alrededor.

Una posible definición de psicología colectiva es aquella que la ubica como lo que no es la psicología social, lo que a ésta le falta y lo que le sobra, es lo que menos le interesa institucional y soberbiamente; en la psicología colectiva se localiza aquello que no es aprehensible más que por mera intuición, percepción y afectividades, y esto sin ser equiparable a un método, y que puede ser la primera impresión hacia las cosas, fenómenos, objetos, imágenes, sujetos y discursos, manifestaciones o silencios. Es inter-mental, es holista, es formista y es susceptible de ser un simple ensayo de la vida social. Y eso, a la psicología social universitaria no le cae muy en gracia, porque esas alusiones, no son justificaciones ni de presupuestos, de congresos, ni de investigaciones e investigadores serias y solemnes respectivamente.

Lo cual nunca fue la intención de los autores primigenios de la psicología colectiva, quienes se dedicaron no a visualizar aplicaciones sobre la misma, simplemente se enfocaron al bosquejo paulatino de los fenómenos con los cuales logra convivir y comprender. Estableciendo lo que, según sus reflexiones, podrían ser llamadas “leyes mentales” o simplemente gestando polémicas que esclarecerían el cómo y por qué de ese incipiente campo de conocimiento. Y por fines didácticos, y porque la ocasión lo amerita, sirva entonces una retrospectiva disciplinar.

Esos tres libros citados, contienen sendas características, por sus intenciones y por sus entrelíneas, por sus disputas internas y porque así era la cosa en esa época (entre 1890 y 1930), esto es, cuando las ciencias humanas y sociales estaban inmersas en la definición constante de lo que a cada una de ellas les convocaba.

Y eso lo supieron bien los autores de esos libros aludidos, Charles Blondel (s. d.), Scipio Sighele (1868-1914) y Pasquale Rossi (1867-1905), un psiquiatra y dos juristas-criminólogos, un francés y dos italianos, un durkheimiano y los otros dos siendo partidarios de los estudios sobre herencia y biología social gestadas en su país (Barnes y Becker, 1938); y antes de que esto derive en un chiste de personajes estereotipados, cabe resaltar lo que estos produjeron.

VERSIONES DE PSICOLOGÍA COLECTIVA

Blondel, discípulo de Durkheim y colega de toda la pléyade de historiadores franceses interdisciplinarios de la época (Burke, 1990), redactó en 1928 un libro titulado *Introducción a la Psicología Colectiva*, un texto que, a decir

de su consocio Celestin Bouglé (1935), profundiza entre las polémicas establecidas, a saber, lo psicológico versus lo sociológico, lo material versus lo mental, los procesos psicológicos básicos versus los procesos mentales colectivos, Tarde versus Durkheim.

A ésta última parte es a la que haré referencia, no porque lo otro sea menos importante si no porque me interesan demasiado las polémicas y trifulcas que proveen de sal y pimienta el curso del conocimiento y porque mi argumento central versa alrededor de los porqués y para qué de lo que estos autores estaban discutiendo. No en balde Blondel previene sobre la citada diferencia: “[...] Tarde y Durkheim, no estaban hechos, por naturaleza, para entenderse” (1928, p. 51); y no era por las influencias que cada uno tendría, ni por el contexto, ni por la formación personal, ni porque Tarde prefiriera a Leibniz y Durkheim a Descartes, si no porque estaban completamente inmersos en un desacuerdo sobre lo que sus bosquejos de psicología colectiva proyectaban, una muy científica; la otra, abundantemente literaria. Motivo por el cuál cada uno de ellos se refería al otro con cierto apelativo (Blondel, 1928; Borlandi, 1994), “escolástico” le decía Tarde a Durkheim; “embaucador” le respondía Durkheim a Tarde.

La disputa entre Durkheim y Tarde es de antaño y colección, por la simple razón que implicaban los desacuerdos y la nula capacidad autocrítica de uno y otro para con lo expuesto como su trinchera temática, a Durkheim no le gustó *Las Leyes de la Imitación*, a Tarde nunca le agradó el “hecho social” durkheimiano. Asunto que, Durkheim expondría en algunos de los capítulos de *El Suicidio*, o en algunas cartas personales enviadas a Tarde; y que éste mismo respondería a esas provocaciones en la gentileza de unas cuantas líneas dispersas a través de todas sus reflexiones (Borlandi, 1994).

Aunque para ser honestos, la mejor descripción de toda la querrela la sugiere Blondel: “[...] para Durkheim, la sociedad es una realidad. [...] Para Tarde, la sociedad es una abstracción” (1928, p. 109). Lo cual significa que cada uno de ellos estaba convencido de que su proyecto de psicología colectiva no estaba en un camino errado, empero, Tarde propone una “interpsicología”, Durkheim responde a través de una sociología científica. Discusión que a Blondel siempre le pareció interesante y que le permitió pasado el tiempo y tras la muerte de los dos, revelar sus versiones e intenciones, esto es, la de ubicar a la psicología colectiva como un escenario distinto al de la psicología individual y al de la psicología diferencial en la que quedaron entrapados Durkheim y Tarde, postulando que son estas las que son dependientes de la psicología colectiva, y que sólo a partir de esta última pueden ser tangibles y reales. Siendo esto

un inicio al revés y un revés a la historia disciplinar que describía los estudios psicológicos a partir de la noción de individuo y de organismo, y donde lo social quedaría como un adendum o un apellido que simplemente serviría como un adorno intelectual.

El ejemplo que da Blondel se torna un caso concreto, es una relectura sobre los estudios sobre la locura, el suicidio y la volición (voluntad) (Barnes y Becker, 1938, pp. 58-59; 382-383), que hicieran aquellos, todos estos explicados como eventos individuales, él los recapitula y los argumenta (Bouglé, 1935), como productos sociales, productos gestados por la colectividad.

Algo más sobre Blondel y su obra, y es que sólo Luis Buceta (1979), en su recuento histórico a la psicología social, le menciona, ubicándole a partir de la tradición que se ostenta dentro de los textos que hacen referencia a las conductas colectivas (p. 289), sin profundizar demasiado en ello, parece que o fue un gesto bibliométrico amable o fue un reconocimiento a esa psicología nostálgica interesada por los fenómenos sociales con los cuales transitó el siglo xx. Somero ejercicio contra el olvido institucional.

Un periplo que se desprende acerca de las reflexiones de Blondel es aquel concerniente a su descripción de lo que comúnmente se reconoce como procesos psicológicos básicos, a saber, la percepción, el lenguaje, la memoria y los afectos, los cuales siempre se ubican a nivel individuo, pero es con Blondel, junto con Wundt, el filósofo George Herbert Mead o el psicólogo marxista Lev Semionovich Vigotsky, cada cual por su cuenta y con sus presupuestos, donde la discusión acerca de los mismos se posiciona a nivel colectividad, como procesos mentales superiores, o como una conversación interna consigo mismo y con los otros. Avanzada intelectual que permeó la discusión en ciencias sociales y en la misma psicología social. Y hasta aquí con Charles Blondel.

Es tiempo de enfocarnos hacia el trabajo de Pasquale Rossi, quien tal vez sea el autor cuyas aportaciones se volvieron indispensables para comprender el papel y el valor en la elaboración de una psicología colectiva a principios del siglo xx (Rossi, 1904, pp. 83-84), cristalizándolo en la publicación de *Sociología y Psicología Colectiva*, un texto que recoge todas sus reflexiones pasadas dispersas en diversos artículos, cuyo común denominador era la aparición, permanencia y descripción de las muchedumbres, siendo este libro aquel que se torna la obra intermedia que postula leyes generales para la educación de las multitudes, empero esclarece el papel de una ciencia original –así es como él la proponía– preocupada por el intercambio disciplinar del cual abreva y de la constante interlocución con sus objetos de estudio identificados (1904, pp. 145; 184; 245; 308).

A decir de Barnes y Becker (1938), es ésta obra de Rossi la que puede ser identificada como: “[...] el mejor tratado sobre psico-sociología de las muchedumbres y formaciones sociales conexas aparecido hasta el presente en cualquier lengua” (p. 208), contando como su antecedente un escrito que el mismo Rossi en 1901 intituló como *Psicología Colectiva Morbosa*, una reflexión que complementarí­a en 1906 cuando publicó una obra en dos tomos llamada *El Alma de las Muchedumbres*. Interesado estaba en dar cuenta fehacientemente de lo que los fenómenos con esas características provocaban, de sus matices y su posible reglamentación, en consecuencia, su disolución.

Pero el grueso de su investigación se localiza en esa obra intermedia de 1904 que le valió fama pero no fortuna, ya que en ésta misma, aparte de reconocer las influencias y aportaciones italianas a las ciencias sociales, argumenta por las leyes que la psicología colectiva bosqueja, a saber:

“Las propias y verdaderas leyes de la psicología colectiva, que se nos revelan por la observación, pueden reducirse a tres y son:

1. La reunión de varias personas no da un resultado igual al de la suma de cada una de ellas (Ferri). Esta es la ley del producto psíquico.
2. En la multitud el pensamiento se resta y el sentimiento se suma (Sighele).
3. Las almas en la multitud se comunican lo que tiene de más atávico. Esta es la ley *hiperorgánica* (cursivas en el original” (p. 278).

Y aunque esto mismo lo cita Amalio Blanco en su texto sobre tradiciones en la psicología social (1988, pp. 61-62), lo único que hace es abogar por la relación que pudiese establecer la psicología social con la psicología colectiva, algo que Rossi ya había contemplado y que hace evidente que, aún después de tanto tiempo, esa discusión entrampe otras más profundas, por ejemplo, la que está latente en la segunda ley, y que para efectos didácticos llamaremos ley de la afectividad colectiva, ya que implica la presencia de los extremos entre los que queda emplazada la vida social, y que engarzada con las otras dos permite abogar por una aproximación holística, sensible, latente y a largo plazo hacia la realidad.

Como sea, Pasquale Rossi es el autor intelectual de la noción “alma colectiva” (1904, pp. 184-185; 231-232), una entidad irreductible a la multitud, y mucho menos a los individuos que la componen, estos y aquella –la multitud– son una explicación insuficiente y simple de aproximarse al fenómeno, tal cual lo vocifera:

“Pero adviértase, que tal concepto vulgar no satisface al estudio que en el hecho psico-colectivo busca no sólo la pluralidad de persona –que puede oscilar desde dos a miríadas– sino aún más el consentimiento psíquico. El concepto vulgar, pues, se

abandona: no es ya el signo exterior del número, aumentado enormemente hasta la multitud; sino el alma colectiva, lo que constituye la multitud” (p. 231).

Pero lo que sorprende de la obra de Rossi no son tanto sus leyes tentativas, si no los constructos teóricos a los que hace referencia para describir la vida interna tanto de una multitud como de una colectividad, a saber: la sugestión, la sinestesia, la sinergia, traducibles a lenguaje coloquial y cotidiano como ritmo, forma y sociabilidad. Algo que ya habría previsto Pablo Fernández (2004), y que es parte de su proyecto de más de 20 años de trabajo.

De vuelta a Rossi, cabría enfatizar algo, sus aspiraciones intelectuales, ya que él si estaba convencido de que la psicología colectiva debería contar con un espacio académico, razón por la que escribe un tratado, motivos por los que hace recuentos sobre recuentos, atribuciones que le permiten quejarse amargamente por el destino de la psicología colectiva, de su uso, abuso y frivolidad, por eso la insistencia en las leyes psico-colectivas, por eso se asumía como su abanderado, por eso intentaba darle punto final; intención con la que coincidió, pero sin el énfasis de su colega, Scipio Sighele, el primer autor de la psicología colectiva.

Y como él mismo sabía que lo era, se dio a la tarea de desmentir al plagiarlo número uno de la psicología colectiva, el trillado Gustave Le Bon, a quien le reclamó públicamente el hecho de robarse de manera tan campante y obvia todas sus ideas (Barnes y Becker, 1938; Blanco, 1988; Alvaro y Garrido, 2003), exigencias y revuelos que ni en un ápice de inmutabilidad en la conciencia del francés produjeran, ya que él sí se volvió famoso a expensas del trabajo de los demás, y ante la fama poco importan si las ideas son propias o ajenas.

Hablar de Le Bon requiere un punto y parte, porque a él mismo nunca se le ha tratado de buena manera en la literatura psicosocial, será por el descrédito novelado a sus reflexiones, será porque siempre hay un personaje malo y odioso en cada una de las historias disciplinares, posiblemente sea porque con Le Bon se condensa y se puede ejemplificar todo el pensamiento y el espíritu de una época.

Aunque a favor de Le Bon, lo que en sus reflexiones resalta es su estilo incendiario y ultraconservador de escritura, y que fue lo que le valió (Collier, Minton y Reynolds, 1991, p. 96), el trascender lo que Sighele había reflexionado, ya que el texto del italiano *La Folla Delincente* (La Muchedumbre Delincente), de 1891, no contaba con esa inspiración xenófoba, clasista y misógina que sí fue considerada por Le Bon en la *Psicología de las Multitudes* (1895). Como quiera, Sighele continuó escribiendo sobre psicología colectiva; y como sea, Amalio Blanco (1988, pp. 65; 326), cita un texto suyo llamado *Psychologie de Sectes* de 1898, además de que ya Rossi reconoce la influencia de Sighele

en las ciencias sociales italianas, a partir de mencionar otras dos de sus obras, una sobre *La Pareja Criminal* y otra sobre el *Delirio Sectario* (1904, pp. 149; 167).

Así las cosas, si hemos reconocido que lo que le valió su popularidad académica a Le Bon fue su estilo literario, es preciso señalar que lo que hizo que Sighele no la tuviera fueron las intenciones con las cuales escribió su obra, él estaba interesado por la fundamentación de la responsabilidad colectiva (1891, p. 127), y es que en concordancia con su formación como criminalista y jurista estaba esperando que su propio gremio considerara como viables sus propuestas eruditas (1891, pp. 6; 170-172), si sucedió o no, ese es otra quimera académica, pero allende las fronteras, eso no fue así.

Aunque Blondel (1928, p. 12), dice que esto sí se logró, pero que ese fue un punto frágil al interior mismo de las ciencias sociales y humanas, ya que como él bien decía: “[...] muchos autores permiten frecuentemente que sus pasiones o prevenciones morales, sociales o políticas se deslicen en sus obras o incluso que aparezcan ostentosamente en ellas”. Lo cuál puede ser visto como un arma de doble filo.

En efecto, eso no exenta a Sighele de ser reconocido como, y aquí la mejor alusión es la que da Rossi sobre él, “el fundador teórico de la psicología colectiva” (1904, p. 150); a reservas de lo que puede desprenderse de sus reflexiones sobre la misma, a saber: “Por esto es que había notado que entre la psicología que estudia al individuo y la sociología que estudia a la sociedad entera hay puesto para otra rama científica que podría llamarse psicología colectiva” (1891, p. 22), una discusión que se exigía a ese escenario en infancia, y que el mismo Sighele acota: “La psicología colectiva tiene, pues, una esfera distinta y sigue en su desarrollo una trayectoria diametralmente opuesta a la de la sociología; se extiende cuando esta se retira, y sus leyes dominan allí donde las de la sociología pierden su imperio” (p. 27).

La disputa es constante, pero a los ojos de Sighele puede ser despejada por la manera en la cuál se abordan los fenómenos que le atañen, el cómo describirlos, hablar de estos, aprehenderlos, recorrerlos en toda su magnificencia, y es que esto ya lo habría anticipado desde el principio de su obra, más específicamente en su subtítulo: *Ensayo de Psicología Colectiva*, eso implica un abordaje distinto, una escritura disímil, una sensibilidad incomparable, una mirada desigual, no opuesta a la científicidad que se exigía a las ciencias humanas y sociales, si no simplemente diferente. Y eso Sighele lo sabía. O quiero pensar que así fue.

COLOFÓN

Hasta aquí con nuestra aproximación histórica, la discusión queda expuesta, y las pequeñas historias que se

desplieguen alrededor, o después, serán la guía para seguir conversando, discutiendo y polemizando, ya sea en otro escrito, otra retrospectiva, en otra querrela más contra el olvido institucional que inunda nuestras universidades, así también contra las moditas académicas que parece que todo lo justifican, desde lo inculto de los cometarios hasta los desplantes intelectuales, abogando por que a la psicología social no le vendría mal hacer un poco no de historia, sino de memoria. •

Referencias bibliográficas

- Alvaro, J-L. y Garrido, A. (2003). *Psicología Social. Perspectivas psicológicas y sociológicas*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Barnes, H. E. y Becker, H. (1938). *Historia del Pensamiento Social II. Corrientes sociológicas en los diversos países*. México. FCE. 1984.
- Blanco, A. (1988). *Cinco Tradiciones en la Psicología Social*. Madrid. Morata. 1995.
- Blondel, Ch. (1928). *Introducción a la Psicología Colectiva*. Buenos Aires. Troquel. 1945.
- Boring, E. G. (1950). *Historia de la Psicología Experimental*. México. Trillas. 1990.
- Bouglé, C. (1935). *Balance de la Sociología Francesa Contemporánea*. México. Editorial América. 1945.
- Buceta, L. (1979). *Introducción Histórica a la Psicología Social*. Barcelona. Vicens-Vivens.
- Burke, P. (1990). *La Revolución Historiográfica Francesa. La Escuela de los annales: 1929-1989*. Barcelona: Gedisa. 1999.
- Danziger, K. (1990). *Constructing the Subject. Historical origins of psychological research*. Cambridge. Cambridge University Press.
- Durkheim, E. (1898). Représentations individuelles et représentations collectives, en *Sociologie et Philosophie*. Presses Universitaires de France, París. 1951, 1974.
- Farr, R. (1996). *The Roots of Modern Social Psychology. 1872-1954*. Cambridge. Blackwell Publishers.
- Fernández, P. (2004). *La Sociedad Mental*. Barcelona. Anthropos.
- Navalles, J. (2009). Retrospectivas Disciplinarias: Tres historias cortas sobre Wilhelm Wundt. *Athenea Digital*, 15, 135-147. Disponible en: <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/574>
- Jahoda, G. (1992). *Encrucijadas entre la Cultura y la Mente. Continuidades y cambio en las teorías de la naturaleza humana*. Madrid: Visor.
- Le Bon, G. (1895). *Psicología de las Multitudes*. México: Divulgación. 1963.
- Ortega y Gasset, J. (1930). *La Rebelión de las Masas*. Madrid. Espasa-Calpe.
- Rossi, P. (1904). *Sociología y Psicología Colectiva*. Madrid. La España Moderna. 1922.
- Sighele, S. (1891). *La Muchedumbre Delincuente. Ensayo de psicología colectiva*. Madrid. La España Moderna.
- Tarde, G. (1890). *Las Leyes de la Imitación*. S.d.; s. d.
- Tarde, G. (1904). *La Opinión y la Multitud*. Madrid, Taurus. 1983.

JAHIR NAVALLÉS GÓMEZ. Maestro en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Querétaro. Actualmente imparte cursos en la licenciatura en Psicología Social en la Unidad Iztapalapa de la UAM. Correo electrónico: jahir.n@gmail.com